

PREFACIO

En las últimas décadas un buen número de artistas han expresado en su obra la pérdida de raíces o estado anti-gravitatorio al que nos abocan tanto el paso del mundo analógico al digital como la pulverización de la identidad en un entorno cada vez más elusivo y en un tiempo que se vive como puro presente, desligado del pasado y del futuro. Quizá para hacer frente a esta construcción obsesiva de presentes que se suceden unos a otros, prolifera hoy un tipo de arte fenoménico que hace hincapié en los aspectos transitorios, en la dilatación psíquica del tiempo, en los tiempos liminares, tiempos desechados por el mecanismo del consumo.

Los espejos en los que construir la identidad se multiplican en la experiencia diaria de un voyeurismo tecnológico que nos fragmenta hasta el infinito; el sujeto parece desvanecerse al ser sustituido por su simulación en un mundo también simulado; el reemplazo de lo contextual por lo intertextual y de la autenticidad de cada lugar por su reproducción enfatiza la sensación de suspensión espaciotemporal. Mientras que algunos artistas subrayan la adaptación traumática a nuevos paradigmas de realidad, otros proponen modos creativos de reajustar los límites evanescentes del cuerpo a experiencias ampliadas del espacio y del tiempo.

En una cultura donde lo simbólico está siendo sustituido por lo imaginario, donde el mundo del espectáculo propicia estados alucinatorios para comercializar con nuestros deseos, el arte reemprende la antigua alianza entre el cuerpo y el entorno revelando la aleatoriedad de las fronteras que enmarcan nuestra identidad.

Desde la física cuántica, la cibernética, la evaporación de los muros en arquitectura y el nuevo auge psicodélico que se aprecia en proyectos artísticos recientes, la realidad parece adquirir la delicuescencia de los sueños. Desde la neurobiología se replantea la definición de la conciencia, extendiéndose esta más allá del cerebro, y la biología sintética promete el libre intercambio de genes entre todas las criaturas. Todas estas disciplinas abogan de un modo u otro por la porosidad de la condición humana.

La intuición de esta porosidad, que no es exclusiva de una época ni de un lugar, ha engendrado y sigue engendrando utopías basadas en estados provisionales que operan a nivel subjetivo. Sin embargo, mientras que antiguamente la imprecisión en los límites de la identidad se vivía como algo connatural, en el presente conlleva hondos replanteamientos ontológicos en los que el ideal no siempre prevalece.